



Pedofilia y pederastia

16 de mayo de 2019

Desde hace años, nos interesamos en el Centro de Humanización de la Salud por el tema de la pedofilia y la pederastia. Y este es el **4º encuentro** que se organiza, actividad que se añade a varios artículos y un libro publicado desde aquí.

Este es el resultado de un **compromiso por prevenir el sufrimiento humano** en cualquiera de sus formas. Queremos contribuir a evitar el sufrimiento evitable y acompañar el inevitable o aquel que ya es el resultado de la causa que lo genera y por tanto, ya no se puede evitar.

Queremos cultivar **el dinamismo de la esperanza**. La *lamentación*, bíblicamente, es un elemento de la esperanza, el primero, el que consiste en la protesta por lo que hay. Pero no es el único. La esperanza comporta también el compromiso y la responsabilidad por hacer aquello que esté en nuestras manos para que se realice aquello que deseamos. Deseamos un mundo sin violencia, sin maltrato, sin abusos a nadie, y mucho menos a menores y a personas vulnerables y frágiles.

Personalmente, **he tenido la oportunidad de escuchar a víctimas** de las formas de violencia más crueles que yo jamás habría imaginado, particularmente en países donde la tortura, la guerra, la guerrilla, las maras... campan aún de manera inimaginable. He podido escuchar a víctimas y también espectadores de la violación, la tortura, el homicidio... y, sin duda, esto es motivante para alinearse con toda posible

iniciativa que contribuya a construir un mundo de protección, de paz, de salud relacional y de sagrado respeto de la dignidad de todo ser humano.

Los abusos sexuales a menores son una forma terrible de generación de sufrimiento. Han existido siempre y han sido valorados de manera diferente a lo largo de la historia. La conciencia progresiva del daño que generan y el empeño por humanizar, nos lleva a que cada vez seamos más propensos a desvelar todo el mal que esconden y cómo el daño se puede prolongar durante mucho tiempo en las personas.

He tenido la oportunidad de escuchar también a abusadores sexuales de menores. Esto me ha llevado a tomar descubrir más sufrimiento aún del que yo pudiera haber imaginado. He podido darme cuenta de que no sufre solo la víctima, sino también su familia, obviamente. Así también, cuando se llega a conocer, sufre también la familia y conocidos del abusador. ¡Cómo no pensar en la madre de un joven pederasta! Puede morir de pena y angustia también ella. Un drama que, si al publicar el libro hace unos años, llamamos *“doble”* (por darnos cuenta del sufrimiento de las familias de los abusadores), en realidad es triple, o como quiera que sea: mucho mayor del imaginado a primera vista.

En España –más aún en otros países, como es el caso de Chile-, se ha producido un movimiento de solidaridad y mediático que ha contribuido a indicar algunos “nichos” de mal, en particular, en el seno de **la Iglesia**, donde desgraciadamente, también estos abusos se dan, al igual que en otras instituciones. El camino emprendido de cambiar los hábitos y pasar de la complicidad del silencio a la prevención y colaboración con los procesos de justicia, espero que sea eficaz y ejemplarizante para toda la sociedad.

En esta sesión, después de escuchar un marco que ilustre la complejidad del tema y la diferencia de términos, nos centraremos en varias situaciones que he encontrado en mi deseo de conocer para ayudar.

Vamos a escuchar el testimonio recogido de varias víctimas, grabado. Habríamos deseado que fuera en directo, pero cuestiones inesperadas de última hora, lo

han impedido. Y vamos a escuchar también grabaciones de abusadores. La preciosa parábola del *Buen Samaritano* de la Sagrada Escritura es un referente universal de conducta ética ante el malherido que encontramos en el camino porque alguien lo ha apaleado. Han corrido chorros de tinta sobre el deber ético de no pasar de largo de la necesidad de la víctima y hacer de buenos samaritanos. Los teólogos más sugerentes han descubierto en la narración una estupenda provocación sobre la necesidad de institucionalizar la atención generando programas de cuidado adecuado. Pero no conocemos a nadie que se haya interpelado sobre qué hacer con el apaleador, con quien pudo evitar el daño. Se habla de prevenir, también, pero no escuchar y tratar al bandido. Entendemos aquí que la compasión se ha de practicar de modo universal y, por lo tanto, ha de llegar a todos.

Hablar de este complejísimo tema es, a mi juicio, saludable y genera bien.

No solo responde a una necesidad de conocer para promover la cultura de la prevención, protección y acompañamiento. Hablar ayuda. Somos testigos de cómo, durante y al terminar las sesiones anteriores que se han celebrado en esta casa, se han producido procesos de sanación. En una sesión, alguien pidió abrazar al abusador aquí en público, para simbolizar el inicio de su proceso de perdón. En otra, varias personas han decidido empezar a parar el dinamismo de soportación de los abusos y pedir ayuda. Y esto es hermoso. Después de la última sesión, alguna persona decidió determinadamente que no seguiría dejándose abusar más y emprendería un camino de liberación. Debo confesar que esto me alegra mucho, porque le da a esta iniciativa también un poder motivacional de generación de salud.

Hace dos meses nos reuníamos aquí con Guadalupe para aprender sobre el complejo mundo de los abusos sexuales y de poder a menores. Yo lancé el desafío de que sobre esto había que invertir también **en clave de investigación y de formación** en la sociedad, en la universidad... Hoy tengo la satisfacción de decir que yo mismo me sentí desafiado por lo que dije y emprendimos un pequeño estudio cuyos resultados vamos a presentar.

Confieso que no me esperaba, al lanzar el cuestionario, **una respuesta que para mí, ha sido sorprendente** en varios sentidos. Según pasaban los primeros días, al abrir

la pantalla y ver los resultados, se me caían las lágrimas, como también al recibir los e-mail directamente en los que varios me han contado sus experiencias. Para algunas personas, responder a este cuestionario, ha supuesto contar por primera vez lo que les había pasado. También nos han respondido abusadores, como nos contarán a continuación y se han comprometido en hacer un camino. Otras personas han pedido hablar personalmente y han sacado los horrores que les acompañan en uno y otro sentido.

Quiero decir que, mientras que hace unos años recibí críticas por dedicar tiempo a interesarme por los abusadores escuchándoles o entrevistándoles, en estos meses ya no se han producido. Más bien me he encontrado lo contrario: algunos *trastornos de la empatía para con los victimarios*, necesitados de ser confrontados para no mantener el círculo vicioso del abuso. En efecto, es tan complejo y perverso el dinamismo del abuso que, en alguna persona, puede ser inculcada la idea de que la víctima tiene que redimir al abusador con su silencio o su sometimiento.

Entre los hallazgos de este tiempo, también nos hemos encontrado en el estudio, cosas inesperadas: mujeres no solo víctimas, sino también abusadoras, abusos también en el contexto de la salud (y de la situación de inconsciencia), víctimas de varios abusadores, y un buen número de personas que no lo han contado nunca (30%), siendo así que contarlos, según nos dirán, ayuda.

Es obvio que no es nuestra pretensión justificar ni quitar importancia al delito de pederastia. No. La pederastia es un delito condenable, rechazable y deleznable. Es más, faltan palabras para describir los sentimientos que se generan ante esta realidad en el sentir de cualquier persona.

Nuestra pretensión presentando estas reflexiones, es *arrojar un poco de luz sobre la sombra que cubre los rostros de la vergüenza y del dolor*, de la vergüenza del que comete el delito y del dolor de la víctima que lo sufre. ¿O podríamos decirlo al revés? Del dolor del que comete el delito y de la vergüenza de la víctima que lo sufre. En cualquier caso, son los rostros del desamparo, de personas que han vivido en el

sufrimiento y no han sabido hacer otra cosa que generar más sufrimiento a su alrededor, de personas que acostumbradas a sufrir continúan sufriendo sin saber salir.

Por este camino que estamos recorriendo en este Centro, algunos hemos descubierto que *es posible humanizar los rostros de la pederastia*. Incluso es posible hacer un acercamiento humanizador a los abusadores, que es el título de la entrevista publicada en este tiempo en la revista católica del Vaticano. Como es posible también un acercamiento humano y espiritual a las víctimas, como ha escrito en este tiempo también Luis Antonio Zamorano en el libro “Ya no te llamarán abandonada”.

Un mundo con menos sufrimiento es posible. Y depende de la pasión por humanizar que seamos capaces de compartir entre todos.

José Carlos Bermejo